

no dejaron de afirmar que había abrazado la verdadera fe. Además se casó con una cristiana, y la tumba de ambos esposos existe todavía cerca de Maragha.

Por otra parte los Mongoles, después de cincuenta años de guerras exteriores, habían cesado de ser Mongoles, aunque guardando el orgullo nacional y el prestigio de sus infalibles victorias. El grueso de los ejércitos no se componía ya de hombres de las poblaciones primitivas: á los Khalkas, Eleuts y Ordos de raza se habían mezclado gentes de todas las naciones, arrastradas en el gran diluvio: Dsungares, Ouigours, Tártaros, Khirghiz y otros Turcos, Bachkirs, Koumanes, Petchenegues y otros Finlandeses. Los Eslavos estaban también representados entre ellos en gran número, y los nombres citados por Rubruk prueban que los aventureros europeos de Bizancio, de Alemania y de Italia se habían apresurado á presentarse en multitud á ofrecer sus servicios á los destructores de la cristiandad. El espíritu del ejército cambió al mismo tiempo que sus elementos étnicos, y los soldados habían gradualmente cesado de ser aquellos guerreros libres que elegían sus jefes para ser simples bandidos guiados solamente por el cebo del botín. Por su parte los «Señores de los señores», siguiendo la pendiente natural que lleva á los hombres hacia el poder, no querían ya reconocerse como elegidos de su pueblo y preferían considerarse como dueños absolutos por la voluntad de Dios, que se confundía con su propia voluntad: todos sus decretos eran dictados «por el poder del cielo inmutable». La muerte les hacía dioses; sin embargo, bajo ciertos aspectos se les consideraba como habiendo sido hombres, puesto que se les daba compañeros para seguirles en el otro mundo; se sacrificaban alrededor del cuerpo los caballos que había montado; se degollaban también cuarenta doncellas para formar su harem de ultratumba, y se mataban todos los hombres que hallaba á su paso la procesión mortuoria para servir de escolta. Dicese que veinte mil hombres fueron así favorecidos por el destino que hizo de ellos los guardias del cuerpo del invencible Djenghis. Según las relaciones populares, en el espacio de una noche brotó un bosque para ocultar á ojos profanos el sitio misterioso donde fué depositado el gran antepasado de los khan.

Habiendo llegado á ser los soberanos de medio mundo, los emperadores mongoles habían de recibir los homenajes de sus adversarios, los reyes cristianos, á quienes hacían temblar en sus tronos. En 1245, quince años después de Liegnitz, el papa envió á Tartaria primeramente un monje, Ascelino, quien, según parece, tuvo tan poco acierto en sus tentativas de conversión, que el khan concibió el propósito de hacerle desollar vivo, de lo que desistió después, dejándole volver sano y salvo con encargo de que dijera al papa: «Nos no sabemos lo que tu enviado nos ha dicho; si tienes empeño en hacernos comprender el sentido de tus palabras, ven tú mismo». El año siguiente, otro legado, Plan-Carpin, se dirigió hacia el país de los Tártaros, «hijos del infierno», y se presentó ante Kuyuk-khan, después de un viaje de dieciséis meses, pero no aportó de su estancia en «el otro mundo» más que la relación de milagros divinos y de prodigios diabólicos, mezclada con alguna impresión fugitiva de las comarcas recorridas. Se cita también la expedición de un Andrés de Longjumel en 1248.

El rey Luis IX eligió en 1253 un embajador no menos piadoso pero de espíritu más abierto, el monje Rubruk, Ruysbroek, Rubriquis, de las inmediaciones de Valenciennes. Como sus predecesores, el enviado de la Europa cristiana tuvo que renunciar á convertir el Gran khan, y con él á su pueblo; hasta le fué preciso comenzar por una especie de apostasía, prosternándose ante el soberano de los Mongoles como ante un dios. No obstante, salió del apuro como convenía á un sacerdote, aun antes del nacimiento de los Jesuitas, haciendo servir mentalmente este acto de adoración á un fin cristiano é invocando su Padre Eterno para la conversión de Mangukhan. El buen monje tenía muchos otros casos de conciencia que resolver, puesto que le parecía ver cristianos entre los idólatras que le rodeaban: sus sacerdotes practicaban el celibato, se tonsuraban y llevaban mitra, casulla y rosarios, todos prácticos y objetos idénticos á los que le eran familiares; pero, junto á esas apariencias de la verdadera fe, ¡cuántas ceremonias abominables, ciertamente inspiradas por el demonio! ¿No era ya cosa odiosa por excelencia la tolerancia universal que los mismos khan extendían sobre los cultos de toda especie, chamanismo y budhismo, islamismo y nestorianismo?

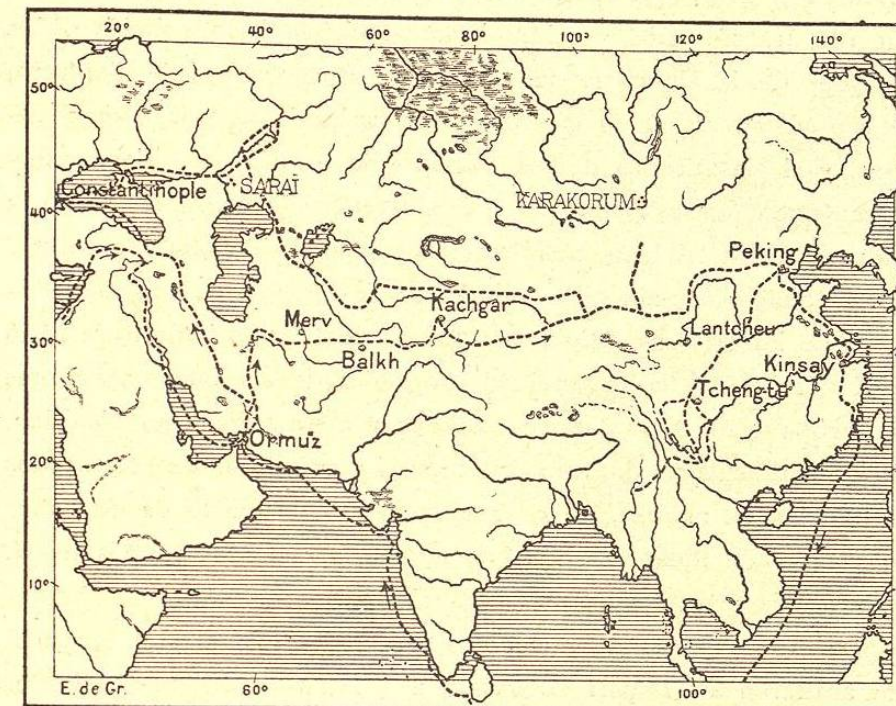
El hombre de la Edad Media cristiana, penetrado de la enseñanza formal de la Iglesia: *Compelle intrare!* «Obligadlos á entrar», no comprendía la tranquila indiferencia de los khan respecto de lo que le parecía ser el objeto mismo de la existencia; aquello era para él «la abominación de la desolación», tan cierto es que la moral de ayer se convierte en la inmoralidad de hoy; no admitía más que la persecución en nombre de la unidad religiosa, mientras que en la actualidad se busca esa misma unidad de las almas en la libre discusión y en la investigación libre de la verdad científica. Mangu-khan comprendía la unidad desde un punto de vista más personal. Cuando despidió á Rubruk, le encargó para su amo este sencillo mensaje: «El orden del Dios Eterno consiste en esto: Un Dios, un Rey». ¿No era el mismo el sueño de Luis XIV y de tantos otros?

Satisfechos de esa tolerancia religiosa que tanto escandalizaba al monje Rubruk, los comerciantes extranjeros se dirigían presurosos á la corte del Gran khan para ejercer en ella su industria ó cambiar sus mercancías. Eslavos y Germanos, Italianos y Franceses se ingeniaban para hacer allí fortuna. Un jardinero, Guillermo, distinguíase por su talentos de organizador de las fiestas; pero la colmena de los trabajadores estaba principalmente llena de Chinos, y, en la historia de la geografía, el valor de Rubruk consiste ante todo en los informes que transmitió á Europa sobre las maravillas del trabajo que se realizaban en China: él fué el primero que estableció relaciones directas entre el Extremo Oriente y el Extremo Occidente.

Sin embargo, sus narraciones no conmovieron tan profundamente Europa como, hacia el fin del siglo, las del *messer Millone*, el viajero comerciante, que fué así denominado por sus compatriotas venecianos á causa de los millones que había visto correr por las manos de Kublai-khan, de sus ministros y de sus proveedores. Convertido él mismo en personaje de la corte, quizá gobernador de provincia y enviado confidencial del emperador, Marco Polo tuvo todas las ocasiones favorables para conocer, durante su residencia de cerca de veinte años, 1275-1294, el país de adopción que había recorrido en todos sentidos. Su libro, que dictó después en una cárcel de

Génova á uno de sus compañeros, Rusticiano di Pisa, y que se publicó en francés, la lengua popular que en aquella época pareció más clara y más culta, fué para sus contemporáneos como la revelación de un mundo nuevo, y las miradas de los Occidentales se fijaron en aquel imperio del Sol levante, el país del jade, de la seda,

N.º 353. Viajes de Marco Polo.



1: 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

El itinerario que pasa al norte del mar Caspio es el que siguieron los dos hermanos Poli, Maffeo y Nicolo, en su primer viaje á Extremo Oriente (1260-1269). En 1271 emprendieron nuevo viaje con Marco, hijo de Nicolo; pasaron á la ida por la Armenia, el golfo Pérsico y el Pamir, y volvieron por mar veinticinco años después. Este último viaje duró dos años.

de los esmaltes, de las porcelanas y de las lacas. Cuando Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, cuando Colón bogó fuera del estuario de Palos, veían de lejos el reino de Kathay y la isla misteriosa de Zipango. El Nuevo Mundo hubiera indudablemente tardado más en unirse al conjunto del planeta, si Marco Polo, caminando de Occidente á Oriente, no hubiera hecho un signo á Colón

á través de las edades y no le hubiera indicado sobre la redondez de la Tierra el camino de Oriente á Occidente.

La disgregación del imperio de los Mongoles, apresurada por la entrada de las razas más diversas en las hordas guerreras, era inevitable cuando los odios religiosos llegaron á dividir geográficamente el país conquistado. Mientras que el grueso de la nación mongola transformaba en budhismo su chamanismo primitivo, los invasores de la China se acomodaban á las doctrinas de Confucio, los conquistadores del Turkestán y de la Irania se hacían mahometanos, y el ala europea de los ejércitos de invasión se dejaba penetrar un poco por la religión del Cristo. Pero la conservación de la unidad política se hizo completamente imposible cuando el centro de la dominación abandonó su lugar de origen en medio de la Tierra de las Hierbas. En tanto que el cerebro del imperio se halló en Karakorum, la homogeneidad geográfica de las extensas llanuras de Europa y de Asia pudo corresponder á un organismo histórico, pero, á consecuencia del atractivo natural que se produce sobre todos los pueblos en marcha, el gran movimiento de exodo de las tribus mongolas y de todas las que habían sido arrastradas en pos de sí, debía desviarse gradualmente hacia el Sud.

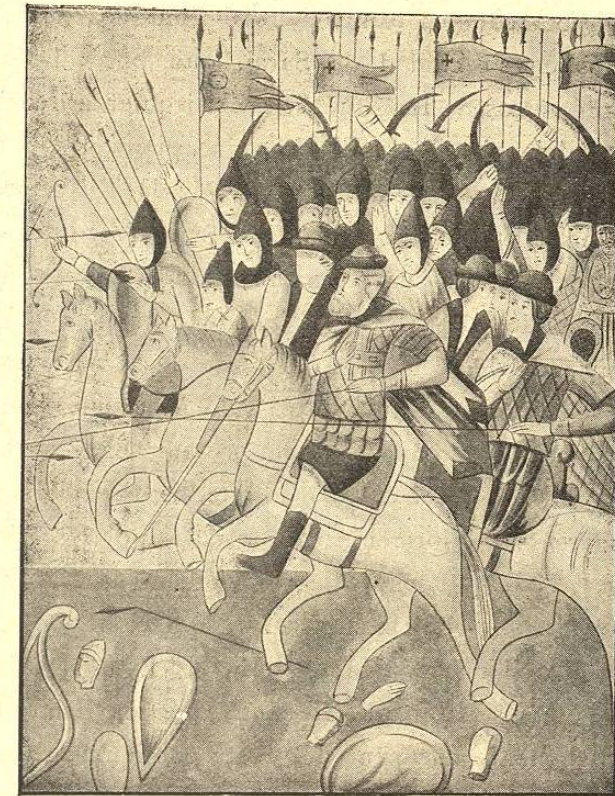
De ese mismo modo, muchos siglos antes, los pueblos bárbaros que asaltaron el Imperio Romano se sintieron atraídos hacia los ricos países del Mediodía por un imán irresistible, y después desaparecieron en la población conquistada cuando fueron sometidos á las influencias disolventes de un nuevo medio. Los Ostrogodos se perdieron entre los Bizantinos, los Lombardos se fundieron con los Celtas y los Latinos de Italia, los Visigodos se hicieron Provenzales, Languedocianos y Españoles, y los Suevos y los Alanos cesaron pronto de distinguirse de los Iberos de España, y en la Mauritania se buscan en vano las huellas de la invasión de los Vándalos. En cada país del Mediodía, detrás de cada muralla de montañas que forma como una especie de portezuela de paso ó de cierre, el pueblo invasor se disgregaba rápidamente, como una mosca caída en la corola de una flor carnívora.

El mismo fenómeno tuvo lugar con los Mongoles: también ellos

en todas sus expediciones conquistadoras se inclinaron en la dirección del Mediodía, hacia los dulces climas, hacia las campiñas fértiles y las ciudades opulentas. Los Señores de los señores, abandonando sus yurtas suntuosas, dejaron pronto tras de sí la Gran muralla y se establecieron en las fecundas llanuras del Pei-ho y del Hoang-ho para fundar la dinastía de los Yuen y

habitar los palacios edificadas por los industriosos Chinos. Sólo por esto cesaban casi por completo de ser Mongoles y se convertían en Chinos. El protector de Marco Polo, Kublai-khan, que había fijado su residencia en Khanbalik, la «Ciudad del kan», que en nuestros días se denomina Peking ó «Corte del Norte», era todavía un Mongol por la energía de su voluntad y el orgullo de su raza, pero

era Chino por la cultura intelectual. Siendo de nación distinta, los Mongoles de la China llegaron á ser una casta privilegiada, detentadora de los títulos, del poder y de la riqueza. En razón de sus abusos de autoridad y no por su raza se hicieron odiosos al pueblo chino, y éste acabó por rebelarse, y después de una guerra de muchos años, el partido nacional, al que se habían negado los destinos y los honores, triunfó del partido de los funcionarios y de los soldados mongoles, y la dinastía puramente china de los Ming reemplazó la de los conquistadores del Norte. Encuadrada históricamente



Gabinete de las Estampas.

CABALLERÍA RUSA DEL SIGLO XII

entre emperadores mongoles y emperadores manchues, esta familia ha permanecido popular hasta nuestros días en el espíritu de los nacionalistas chinos.

Al oeste de la Mongolia y de sus prolongaciones asiáticas se efectuaba una evolución paralela á la de la China: los khan tártaros de la «Horda de Oro» ó Kiptchak no estaban ya en comunicación directa con los campamentos primitivos de la Mongolia. Establecidos en su ciudad de Sarai, que bordeaba sobre una veintena de kilómetros de longitud la orilla izquierda del Achtuba, corriente lateral del bajo Volga, los khan no ejercían soberanía directa sino sobre las comarcas medio desiertas de la Rusia oriental, desde Kazan al Don, y sobre las orillas del mar Negro, especialmente en Crimea. Separados de sus hermanos de raza por la cuenca del Caspio y las soledades del Ust-Urt, tampoco tuvo relaciones mediatas con los Eslavos del centro y del oeste de Rusia: les dejaban gobernarse á su manera, guerrear entre sí ó hasta con el extranjero, siempre que pagasen el impuesto y se presentasen á rendir homenaje en Sarai, no siendo en realidad más que los arrendadores generales de las comarcas anteriormente conquistadas por los hijos de Djenghis.

Habían hecho una distribución natural de razas conforme á las condiciones del medio. Las poblaciones, en gran parte «alofilas», de las llanuras semi-asiáticas del Este, permanecían sometidas á los Mongoles Kiptchak, en tanto que los Eslavos de las regiones completamente europeas del Oeste continuaban viviendo bajo el gobierno de sus jefes de origen normando, dejando constituirse una monarquía poderosa en el Kremlin, en medio de las ricas poblaciones de las orillas del Moskva, después de haber fracasado en Souzdal y en Vladimir<sup>1</sup>, y que, por mediación de las repúblicas de Novgorod y de Pskov, los Rusos comerciaban con las comarcas ribereñas del mar Báltico. El contraste geográfico oponía los agricultores á los nómadas: al Oeste, las «tierras negras», los países cubiertos de árboles y ondulados fijaban los habitantes al suelo y absorbían los huéspedes ó enemigos de paso; al Este, la estepa dejaba sin cohesión las tribus que la recorrían; pero éstas, por el hecho de su aislamiento, perdían

<sup>1</sup> Pierre Kropotkine, *L'Etat et son Rôle historique*.

gradualmente en fuerza: de un lado, los Rusos se engrandecían al Oeste, y de otro, se preparaba un nuevo retoño de irrupción asiática, á la vez turca y mongola, la de Timur. Cogido entre dos enemigos, lo que subsistía de la Horda de Oro fué exterminado por el «gran príncipe Ivan III, autócrata de toda la Rusia», y Sarai fué destruída en 1480, no quedando de ella más que ladrillos rotos, y



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

ANTIGUA FORTALEZA EN TIFLIS

los descendientes de los Tártaros, convertidos en súbditos rusos, se llaman actualmente Eslavos y lo son en realidad por la cultura y el pensamiento.

Entre la Horda de Oro y el reino de Hulagu, el Cáucaso permaneció insumiso y puede decirse que desarrollaba su existencia por partida doble. Las múltiples tribus caucásicas, encerradas en sus valles, se concentraban en sí mismas y conservaban una feroz independencia respecto de sus vecinos. Las guerras eran frecuentes y como los montañeses poseían todos, por debe y haber, una cuenta de venganza que ejercer y que sufrir, no podían traficar directamente y necesitaban hacerse representar por terceros que pudieran presen-

tarse en todas partes. Los Judíos solían desempeñar el lucrativo oficio de «viajeros francos», que les permitía presentarse en todo lugar sin temor á la muerte. Pero el pasaporte universal dado á los «Judíos de la montaña», análogo al que en la India se asegura á los mercaderes povindah, y que antiguamente pertenecía también á los Tsiganes de Europa, no dejaba de tener ciertos inconvenientes, porque todo se compra aquí bajo. Los soberbios Tcherkesses, los Lesghienses indomables que clavaban sus miradas como dardos en los ojos de sus adversarios, acogían naturalmente con cierto desprecio unos hombres que no llevaban un puñal en la mano y no sabían odiar como ellos, que se presentaban sonriendo siempre humildemente, inclinados, como para hacerse perdonar el olor del extranjero que aportaban en sus vestidos. El traficante judío había de resignarse al insulto, á las humillaciones, hasta á los ultrajes: su oficio no le aseguraba el respeto debido á los huéspedes. Había otros Judíos caucásicos que no ejercían la industria de intermediarios, que, en tantos países, se ha convertido en monopolio de su raza: unos grupos numerosos, especialmente en los altos valles del Daghestán, se dedican á la agricultura; son los labradores más inteligentes del país lesghiense, y en los mercados se disputa su rubia y su vino. Gracias á hábitos hereditarios, esos Judíos se parecen á aquellos de que nos habla la Biblia, que gustaban de vivir á la sombra de sus olivos y de sus higueras, y se distinguen singularmente de los mercaderes y de los prestamistas á la semana, por su espíritu de tolerancia y por su hospitalidad.

Hacia el centro del imperio mongol primitivo, las invasiones verificadas en los países turcos, y, más al Sud, en la Irania, tuvieron también como consecuencias grandes transformaciones étnicas. Los Turcos habían acabado por predominar, hasta entre aquellos que se creían con derecho á denominarse Mongoles, es decir, entre los khan de Djaggatai, cuyo territorio comprendía principalmente la parte actual del Turkeistán y de la Siberia, comprendida entre el Irtich y el Oxus ó Amu-daria. Esos campos que riegan grandes ríos y que fertilizan las tierras aluviales aportadas de los montes orientales Tianchan, Alai, Pamir, muy expuestos á la invasión y á la conquista, puesto que se hallan ampliamente abiertos al Norte hacia las estepas

de los nómadas, pueden, no obstante, repoblarse fácilmente una vez la paz restablecida. De ahí esos períodos sucesivos de prosperidad y de miseria por los cuales han pasado los «potamios» del Turkeistán, cuyo brillo intermitente puede compararse al de los faros de eclipses, que tan pronto emiten deslumbradores rayos de luz, como una vaga claridad. Hasta después del primer paso de los Mongoles, al principio del siglo XIII, el desierto no fué más que temporal.

Cuando Djenghis-khan tomó Samarkand por asalto, en 1219, degolló los 140,000 defensores y se creyó un vencedor clemente porque solamente mató 400,000 de sus habitantes pacíficos. Después de Samarkand, el Señor de los señores visitó Balkh, la «madre de las ciudades», donde se contaban mil doscientas mezquitas y doscientos baños públicos, cubriendo un espacio de 30 kilómetros de circunferencia. Todo fué arrasado, y cerca de allí, el suburbio de Siyagird se cambió también en un extenso campo de piedras que no ocupaba menos de 13 kilómetros de Norte á Sud<sup>1</sup>. En cuanto á los habitantes, sabido es lo que hizo el vencedor: levantáronse pirámides de cadáveres al pie de las murallas derruidas. Merv tuvo la misma suerte que Balkh, y sus residentes, llevados en procesión fuera de la ciudad, fueron asesinados metódicamente, como se matan en nuestros días los bueyes en los saladeros del Plata. ¡Y muchas otras ciudades fueron tratadas de la misma manera! La soledad se extendió desde el mar Caspio hasta el Pamir.

Y sin embargo, siglo y medio después el terrible «Cojo» Timourlenk ó Tamerlán pudo comenzar nuevamente las matanzas, de tal modo se había repoblado y enriquecido nuevamente el país. Un plazo de cuatro ó cinco generaciones había bastado para volver á ese país devastado la vida social, las industrias, la investigación científica y hasta la práctica de las artes.

Vuelta otra vez á ser capital bajo Tamerlán, Samarkand fué también la ciudad más hermosa del Oriente, como lo atestiguan los edificios maravillosos que el tiempo ha respetado. Los más bellos restos de la arquitectura irania se ven, no en la misma Persia, sino en las grandes ciudades del Turkeistán, y los que los hicieron edificar

<sup>1</sup> Grodekoy, trad. por Ch. Martin, *From Herat to Samarkand*.